

COLECCIÓN
SETÚBAL

LIBRO DE AVENTURAS

•
GUILLERMO VOOS



VERA editorial cartonera

LIBRO DE AVENTURAS



COLECCIÓN
SETÚBAL

LIBRO DE AVENTURAS

•
GUILLERMO VOOS



VERA editorial cartonera

¡Oh! Una tacuarita vino a menos
de dos metros de mi sillón

GASTÓN GORI

Tanto que lo corrimos por el campo, tanto que los chicos
nos corrieron a nosotros; tanto que sacaron la lengua, de
rendidos, el Medor y el Lobo; que mortificamos a las vacas;
que cortaron el cabestro los mansos; tanto...

ARNALDO CALVEYRA

Salir de la forrajería pensando en los pájaros a venir a casa. Ir con maíz molido en el portaequipajes de la bicicleta y binoculares cruzados. Armarse en la biblioteca de guías de aves y poemas de Calveyra. Saberse de memoria los nombres de las calles y, casi sin manos, alejarse al tranquito.

Se te va llenar, dijo el forrajero. Y le pegó. Al comedero lo pusimos en una esquina de arbustos, cerca de un postecito al que descender primero. Mañanas de colgar guirnaldas los pájaros, al pasar volando entre los árboles. Noches de pedir lluvia y descansar entre las ramas.

El que se ríe se va al cuartel. Y, para más, todo da gracia desde que pusimos el bebedero para verlo desde la galería.

Gorriones que se van multiplicando

Cardenales que ahuyentan gorriones

Tordos músicos en banda

El benteveo súper solitario

Torcasas echadas al sol

Mandado entre gigantes, por último, un pajarito dorado

¿Cuál es?

Ni son las diez. El bicho de luz gira entre lapachos. El sapo encara a lo iluminado de la galería. Siendo tres aminoramos la charla hasta la hora de dormir. Berlín se te viene abajo del sillón de tiritas. La Negra se acurruca debajo del asador por cuetes del veinticinco. Hasta escuchar saliendo de la oscuridad un golpear de chapas en el tinglado vecino. Ay el corazón se sale dos segundos y, a los dos, vuelve a entrar por acordarnos que el árbol de palta de Elena anda tirando sus frutos a lo granada.

Vuelve pero algo de susto nos queda en nuestras caras de me va costar cerrar los ojos esta noche y quedar con una sensación de carpa a orillas del Cululú cuando algún ser nocturno estaba a punto de abrir el cierre. De cómo parecíamos las orugas en bolsas quietísimas de nuestro manual de aventuras, ¿nos acordamos?

En casa la sesión astronómica se termina plegando las cosas. Los sillones, las ventanas, las sábanas, las sombras, nuestras patas de la mejor forma para ocupar poquito, y nada.

6 •

Regadera, baldes cargados a rebalsar van solitos por el fondo del patio para canteros, plantines de la huerta. Avispas, abejas fritas de sed se pegan a lo recién regado. Y, apenas una vuelta de pies, llegan los pájaros a hacer gárgaras, buches, burbujas. El hornero junta por fin bolitas de barro. El zorzal, un bigote de lombriz.

¿Van a llegar los gusanos?

¿Las mariposas?

¿Las semillas a brotar?

El sur trajo viento en una canasta de mimbre. Parece un chico llorando. Pocas gotas tocan polvo seco del aire y entra olor a tierra rozada en la nariz. Los pajaritos cantan. La vieja se levanta de la siesta con ruleros. Abre la ventana y nos ve cruzando los dedos.

Que sí, que no, que caiga un chaparrón, lluvia, llovizna, garúa, chispeo, rocío, helada. Tantas palabras para agua, como para nieve lejos de acá.

Llovizna tela mosquitera. No salgo al patio para no espantar con traqueteo de mampara siquiera a los que andan abajo de un techito de hojas. Desde el escritorio escucho gritos de loros en el lapacho de Elena, parejita de jilgueros dorados de casa, repertorio de chingolos y me mantengo alerta con un dueto de horneros.

Entre aplicación de celular y guías de aves voy aprendiendo a transcribir sonidos. El benteveo hace weie... tiehweo... Chingolos, tiu... ti... tiu...tirrrrrrh... R más r menos depende de condiciones climáticas, ángulo de emisión y ánimo de la lapicera.

Y eso que la oreja la tiene difícil con una casa plantada en frente de una ruta, con tráfico a pleno de motos, camiones y tractores. Las vibraciones en los vidrios nos confunden si pasan a mil. El pasto del patio está marcado por las corridas de Berlín al caso. Hay días en que de pronto surge de la ruta una chata llena de muebles y pequeñas cosas domésticas agarradas como de los pelos.

Mudanza.

Suerte para ¿cuándo?

A las chapas vamos salir esta tarde. Tirados al campo con una gomera. A los perros del Andresito y de SICA los dejamos atrás toreando re calientes con nuestra facha de hippies. Vamos meando la banquina de puro contento, metiendo el hocico en asuntos ajenos, nidos de lechuza, hormigueros. Después desaparecemos y aparecemos entre el pastizal y, más lejos, nos revolcamos en un animal muerto para hacernos una capa de invisibilidad. Dejamos atrás más: nuestras sombras, la ciudad haciéndose un lupín de chiquita. Aspiramos pasto de cunetas, seguimos el rastro de los cuises y de las flores. Los árboles nos pinchan, las espinas de ramas caídas.

Nosotros corremos. Corremos y corremos hasta que se nos cae la lengua como un durazno maduro. Ahí vamos pegando la vuelta, chochos.

Volvemos por agua, por balanceado, por caricias. Y también volvemos con la mirada cansada después de haber andado tanto y tan adentro el camino.

¿De quién es este camino? ¿De los cardenales?

Nos acompañan a una distancia prudente encendidos color fósforo a cuantos pasitos les quepa en el lugar su corazón. Y como adelantamos, se corren lo mismo. U orillan al costadito. Si levantamos la vista a los árboles de cunetas, los vemos cantando: *dublín-dublín-vayansé-deunavez*. Confesé que me encantaban los cardenales, su caperuza medieval, su manera de defender territorio, su hablar, pero que no me gustaba su nombre. Que podrían tener otro más favorable. Si no de ellos, de chingolos, de jilgueros, de corbatitas o de tantos otros el camino, que no sería grave regalárselos para hacerles justicia en algo.

Habíamos saltado la ruta para el lado de la Krulino y doblado al oeste a la altura de los gasoductos. Recibimos sol de frente hasta que la sombra de timbós nos aliviara y chicharras ganasen a los silencios que trajimos. Paseábamos los ojos por las ramas y las ramas narraban alguna cosa. ¿Nos acordamos?

Una estrella ninja saltó de los penachos contra el alambardo. Era la tijereta. Impredecible, atacó la cola de un tero que pasaba volando. El tero quería ir hasta las vacas o llegar al monte de eucaliptus atrás de las vacas. Le tironeaban que no y peleaban. Mientras atardecía despacito, eran dos que se buscaban.

A la hora de tomar fresco de mañana, vemos el roble del fondo del patio con custodia de la Negra. La Negra mira quieta en un lugar pero con los ojos trepándose a las ramas. Lo que estará viendo que aunque la llamemos no se corre de ahí. Ni se alerta con chasquido de autos acelerando en el ripio de lado.

Veo veo

¿Qué ves?

Una comadreja

Se acurruca en los nudos de las ramas más gruesas. La noche la habrá olvidado en un árbol que no es el suyo, acorralada en una casa de perros. Se empieza a balancear en las ramas más finitas capaz buscando alguna punta que la libere. La Negra, tranquila, sin mostrar los dientes. Berlín se avispa y empieza a ladrarle lleno de alegría.

Habrán que llevarlos adelante para que la comadreja salte al cerco de grateus y corra hacia el árbol de palta de Elena donde parece tener la cucha, sino el peligro la hará subir hasta qué altura. ¡Y cómo bajar después! Sí, los perros se van a sentir, al volver, altamente traicionados.

El de las pisadas soy yo. Lo saben lechuzas y teros que alborotan con los truenos la siesta. El ripio se hace en un punto camino de tierra y el pilotín, desde salir, llamador de garúa. Hace

tac

tac

tac

tac tac tratac

Me voy internando en el agua por embarrar las zapatillas, dejar hacer un tajamar en la punta de la suela hasta solito deshacerse e iniciarse de vuelta. Los horneros palean la banquina para un nido que todavía tiene forma de herradura de las piedras de Stonehenge. Tomaría té con este olor a paico y humedad al regreso. Porque sé que regreso, me quedo para estirar la vista siembra adentro, al vuelo en bandada de cardenales que se posan en hojas secas de maíz o al acercarse de chingolos a acacias de cunetas después de un remolino colorido de sus cabezas rayadas.

¿Y qué de los rayos que se aparecen en el cielo gris como unos retazos de hilo choricero? Ya le gustaron al benteveo y se prepara para juntarlos para su rancho en la ciudad.

Tanto que ver. Agendo: la próxima traer binoculares.

En una caja de madera guardo recortes de papel que aliso y pliego uno arriba de otro, paquetes, postales, hojas de gramaje y color diferentes, corcho cortado en rebanadas, tapita y alambre de sidra que desarmo hasta hacer una cruz para posibles títeres, ganchitos clips, botones, cordones, retazos de hilo encerado, agujas y tres carreteles diminutos. Hice con algunas de estas cosas un cuaderno de campo donde anoto el comportamiento de los pájaros.

Me gustaría forrar un libro viejo de *Rimas* de Bécquer y ajusticiar su nombre inicial: *Libro de los gorriones*. Porque ¿por qué gorriones? ¿Por qué a un libro se lo apropian los gorriones de una ciudad?

Este verano a veces voy para el centro y los veo remontarse a la fronda de los fresnos y los crespones. Las manchas de un gorrión no se parecen a las de otro. En eso son similares a un tigre. Un tigre que nos mira los patios, cómo nos movemos, cuándo dejamos de hablar.

Sacudón de luz que llega a mover un árbol o una planta, como si de repente no hubiera viento ni ruido ni nada, solo un juego de sombras. Eso veo antes de verlos. A veces los confundimos con hojas, hasta que muestran un ala o dan saltitos, entonces salidos de la fronda resultan dos o tres. O con el camino si son pardos o grises. Estamos que los pisamos, que no, y antes de la pisada los vemos levantarse hasta la corriente de viento. La confusión pasa también con los alambrados, los cables, los aleros, las fachadas, nos pasa al resto del mundo por la nariz. Chinche poroto.

Una mariposa perseguida por un gorrión o los carpinteros del cardón entre líquenes y claveles del lapacho que vi esta mañana. Notar que las tacuaritas se despiojan en el suelo y un amarillito anda entre lo más bajito de arbustos. La andata de los pequeños se llevaría páginas.

Y otras veces no son nada, que lo percibamos. Una calma detrás de las cosas. Unas cosas que vienen cuando ya se están yendo. Pájaros.

En este alero nos reunimos los chicos a hacer rancho después de la cena, cortar el paso a las botellas de los grandes. Tomando bichitos en pinza con los dedos nos los llevamos a nuestras caras en una persecución controlada de sálvese quien pueda. A los cascarudos color marrón, incluso yo, los empezamos a llamar sin saber por qué por mi segundo nombre. ¡Los emanueles! ¡Los emanueles! Matados de risa con la invención.

Últimamente en la casa qué no se vuelve nombre propio. Metido entre troncos del asador está el Sapo, y no es cualquiera, es ese. El Zorzal buscador de lombrices. El Bicho de Luz que gira de nochecita entre lapachos. La Laucha hurgueteando cuando lanzamos lo orgánico al compost.

Ah, todos los nombres en verano.

Menos el Roble del Pantano. Anticipando otoño, empezó a tumbar hojas amarillas.

Los caminos todos anegados de barro y uno, casi sin avisar ni a la puerta de enfrente, saliendo con los binoculares. Hoy estoy profundamente alerta y con ganas de registrar todo lo que veo. Al principio veo lo que en casa: horneros, torcazas, benteveos, chingolos, jilgueros, gorriones y tordos músicos. Y enseguida el degradé de apariciones de la ciudad al campo: corbatitas, tijeretas, teros, lechuzas, cotorras, negruchos, cardenales a rolete, brasitas de fuego, pirinchos, chororós y calandrias. Para colmo, estoy bien certero con los binoculares. ¡Y está fresquito! ¡Y no pasa nadie!

Herzlich Willkommen me dicen las acacias de las cunetas. Claro, acá plantás un libro de aventuras y es un éxito: espinas rojas exóticas y chauchas más dulces que la miel para un encantamiento o para correr el riesgo de una intoxicación. Y el clima que te dan pepiteros, monteritas cabeza negra, espineros, la quietud de un carancho arriba del molino de viento.

A cuatro cuadrados de distancia ¡y la cabeza a cuánto!

Nos calzamos para los mandados como para una excursión. Desenrollamos un mapa antes de salir. No estaría mal alargar camino hasta la bicicletería y librería por el campo. Cuelgo binoculares del cuello, cruzo estuche para guardarlos en la ciudad, abrocho riñonera, ajusto cordones y parto.

Salgo a la altura del Santa Catalina. Estudiantes de veterinaria me miran como uno de los suyos. Ya se los escucha estudiar adentro de departamentos que dan a la vereda. ¡Pleno enero! Yo, haciendo mandados. Voy por cámara y parches, papel araña verde oscuro y lapicera azul trazo fino.

La vuelta la hago por el mismo lugar pensando en lo que viene: forrar ese libro de Bécquer, dejar lista la *mountain bike*. Unas vacas mascan pasto, un picaflor me persigue, un paso a la vez y a veces en contramarcha. Todo, a un mismo nivel del mar. En un momento así, con el perfume de una montaña imaginaria a uno se le llena, si no el corazón, algo que se le parece.

Apareció cerquita de los arbustos del frente. Hubo que correrla de lugar, pasarle rejilla húmeda, manguereado interior. Vimos polvo cubrirla entera, convertirse en barro y, mezclado con hojas de fresno y roble, en agua de río. La tuvimos que dar vuelta después de comprobar que no estaba pinchada. Los autos que pasaban por ruta elucubraban: hongo verde oscuro no sale ni a palo. Esta tarde pactamos probar a fuerza de cepillo de cerdas duras. Y al rato nos dimos cuenta que la olvidamos nombrar:

¡Qué fantástica!

¡Está blanca inmaculada!

¡La piragua!

En el noticiero de mediodía prestamos atención a la altura del Salado que creció 0.89 centímetros con la lluvia. Lluvia que nos cambió la rutina del comedero. Estos días paró y tiramos un puchito de maíz molido. Ningún pájaro se acercó. En cambio, las hormigas se organizaron para subir, bajar por el pie, hacer una hilera entre el pasto y meter los granos a un hormiguero debajo de la tierra. Se las escuchaba cantar enloquecidas: *chimichurri chimichurri*

La manera de recibir un respiro con qué se agarra sino con todos los dedos. Le dejamos de hacer golpecitos a la mesa de comedor porque los días de lluvia o de cambiar el viento han venido a las ventanas. Es común ser ingeniosos cuando todo va bien. Escucharnos decir que el pasto crece como lechuga y, si tenemos huerta, que la lechuga crece como pasto. Revisar la porción a cortar antes de pasar la máquina, si no hay alguna cosa de más como la pelotita de tenis de los perros o algún fierrito. No vaya a ser cosa. Dejar el patio, como se dice, planchadito sin una sola arruga. Vieras lo lindo y unido que deja el corte césped brasileiro, gramilla, trébol, yuyito de invierno y brotes de lapacho tierno. Terminar escuchando, como al mediodía se escucha el noticiero, señores televidentes, ¿ustedes saben cuánto está la lechuga? Esos días de quedarse con una palabra hasta la hora de ponerse a pensar.

Están todos los pájaros en la partida. Pero vienen de a tres al comedero. Si no llegan entre los suyos, se intimidan para arreglárselas en el lugar, lo mismo que en el bebedero.

Están Berlín y la Negra junto al cuaderno de escribir. Y el cuaderno junto a las sombras de los árboles. Parece que moviéndose se aquieta todo, que están todos echados y corriendo al tiempo. Hasta el viento, se echa y corre entre las ramas más altas de los lapachos, la mora y los naranjos, vuelve a empinarse, entra a la chimenea del asador para hacer su ruido habitual y llega hasta la pila de tronquitos donde duerme, ya ni es necesario tanto que nos conocemos decir quién duerme.

Cortadoras de césped, viniendo desde patios vecinos y apenas remotos para nosotros como los patios de Humboldt, empiezan a marchar desde que las lluvias atrás. El aroma es tan espeso que con hundir la cuchara se puede sacar miel.

Mmmm de los renglones como de la casa me estoy despidiendo con la lengua. ¿De qué otra forma podía ser? Yo no preví terminar las hojas del cuaderno en el mejor momento.

¡Y kikirikí le haga con la alegría del partir!



•

GUILLERMO VOOS

Esperanza, 1997. Es profesor en Letras, trabaja como docente en secundaria y coordina talleres literarios para distintas edades (de niños a jóvenes y adultos). Vive en Santa Fe.

Este es el primer libro que escribe.

ÍNDICE

- 4 Salir de la forrajería...
- 5 Ni son las diez...
- 6 Regadera, baldes cargados...
- 7 Llovizna tela mosquitera...
- 8 A las chapas vamos...
- 9 ¿De quién es...?
- 10 A la hora de...
- 11 El de las pisadas...
- 12 En una caja...
- 13 Sacudón de luz...
- 14 En este alero...
- 15 Los caminos todos...
- 16 Nos calzamos para...
- 17 Apareció cerquita...
- 18 La manera de recibir...
- 19 Están todos los pájaros...

COLECCIÓN **SETÚBAL**

dirigida por Santiago Venturini

Poetas que brillan como
esa laguna del litoral.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Voos, Guillermo

Libro de aventuras / Guillermo Voos. -1a ed -
Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral,
2023.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera. Setubal /
Analía Gerbaudo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-353-8

1. Poesía Argentina. 2. Literatura Argentina.
3. Literatura Contemporánea. I. Título.
CDD A861

© Guillermo Voos, 2023.

© de la editorial: Vera cartonera, 2023.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional